

Felipe Castro Gutiérrez

Enrique Plasencia de la Parra (comp.), *La invención del quinto centenario. Antología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, 264 pp.

La invención del quinto centenario de la llegada de Colón que, según se vea, gozamos, sufrimos o ignoramos hace cuatro años fue un festival de adjetivos, la inflación de las buenas conciencias, la fiebre de las disculpas, la epifanía de las comisiones. Puesto a escoger, por cierto, uno tiende a tener más simpatía por los indígenas que tumbaron estatuas que por las ferias universales que mal escondieron sus propósitos mercantiles o los proyectos gubernamentales diseñados con el ojo puesto en la gloria de sus respectivos gobernantes.

Pero en conjunto, las marchas, reuniones, declaraciones y protestas tuvieron, a pesar de las apariencias, una escasa relación con el conocimiento y la comprensión del pasado. Más bien, nos dieron un amplio material de reflexión sobre el presente e hicieron evidente que la conciencia del pasado no es en nuestra sociedad y nuestra cultura algo distante e impersonal, cosificada en libros o congelada en vitrinas de museos.

La cuestión es que en México tendemos a tratar de comprender (y en ocasiones legitimar) las instituciones, los movimientos o los partidos políticos recurriendo a un pasado que suponemos compartido, que estamos muy dispuestos a colonizar, re-crear a nuestra imagen y semejanza. En la visión popular y gubernamental existe un recordar selectivo que también recurre a amnesias deliberadas, especialmente respecto a un pretérito colonial

construido como una no-historia, como una especie de paréntesis donde muy poco puede rescatarse.

Así, el pasado en México se halla siempre preñado de presente, vive junto a nosotros, asoma en nuestros símbolos patrióticos y cívicos, se manifiesta en los conflictos políticos, es el objeto preferido de la agitación y la manipulación. Y cada tanto, alguna conmemoración genera una nueva tormenta, con declaraciones de burócratas, dirigentes sindicales, intelectuales y todo el que se pare frente a un micrófono.

En efecto, por alguna curiosa razón nuestra especie tiene la extraña costumbre de agrupar los días en años, los años en decenios y suponer que ciertas acumulaciones temporales tienen algún significado especial, que amerita libros, números especiales de revistas, actos entre festivos y pirotécnicos, inauguración de monumentos y que, casi inevitablemente, se convoque a historiadores y humanistas para que escriban páginas más o menos ilustradas sobre el tema.

Todo esto es historia aunque, como dice O'Gorman en la entrevista que abre las contribuciones de este libro, tiene sólo una leve y superficial semejanza con la investigación formal y académica. En realidad, las conmemoraciones no constituyen una preocupación principal de los historiadores, que hace ya tiempo dejaron de interesarse en moralizar sobre el pasado, definir héroes y regañar a

los muertos. De hecho, aunque la simple narración de sucesos por el simple gozo de contarlos sigue siendo un género popular e importante, muchas explicaciones históricas tienen un carácter bastante abstracto e impersonal. Es difícil, realmente, indignarse con un ciclo demográfico, o levantar un monumento a la evolución de los precios.

Sin embargo, los humanistas nunca pueden sustraerse del todo a las conmemoraciones. En parte se debe a cuestiones incidentales: los gobiernos, empresas, corporaciones e instituciones tienden en estas ocasiones a aflojar los cordones de la bolsa. Y cuando los ministros, directores o mecenas corporativos se deciden a abrir la chequera, parece natural dirigirse al historiador, de la misma manera que recurren al plomero para arreglar sus cañerías o al carpintero para que fabrique una mesa. Al cabo, se supone que hablar sobre el pasado es su oficio.

Esto es así, es inevitable e, incluso, deseable. A riesgo de parecer que me pongo a repartir cartas de buena o mala conducta, me parece que el buen historiador no es aquel que se enclaustra en una torre para defender la pureza científica de su labor. Yo diría que entre historia y periodismo, entre el historiador y los movimientos sociales, entre el conocimiento del pasado y el empeño por conseguir un mejor futuro hay un permanente diálogo, un inevitable y necesario ir y venir.

Así pues, que con gusto a veces, o con considerable renuencia otras, el historiador tiene que hacer oír su voz en las ocasiones celebratorias o condenatorias.

En este sentido, me parece que este libro tiene el considerable mérito de recopilar valiosos y reflexivos escritos, que de otra manera habrían permanecido dispersos y difícilmente consultables. Convoca en su índice a varios humanistas con intereses históricos e historiadores con miras más amplias que la mera reconstrucción de sucesos. Su asunto no es, como bien menciona Plasencia en el prólogo, estudiar los acontecimientos que ocurrieron hace cinco siglos. Tiene poco que ver con las carabelas, Colón empuñando la cruz y mirando al cielo o con los indios escondidos en los matorrales contemplando la extraña ceremonia. Más bien, se ocupa de la múltiple y variable huella que estos acontecimientos han dejado y dejan en la conciencia colectiva.

La antología se halla bien balanceada: varios artículos conceptuales, un par de trabajos que se dedican a cronicar los sorprendentes cambios y significados que la conmemoración ha tenido a través del tiempo y otros de carácter más ligero, amable y descriptivo.

No es, desde luego, una recopilación representativa de todo lo que se dijo en 1992. El compilador se ha resistido heroicamente a derivar hacia una antología del disparate, a pesar de lo fácil y tentador que habría sido; ésta es una recopilación muy formal, con una plausible inclinación hacia lo inteligente y lo bien escrito.

Aun así, hay en los diferentes artículos material suficiente con el cual entretenerse: desde el humorismo involuntario de algunas declaraciones de tono heroico, hasta las anécdotas que dan una especie de pena ajena retroactiva, como la de aquella frase que recibía a los visitantes al pabellón mexicano en la Expo

Universal de Sevilla en 1929: "Madre España; porque en mi campo escondiste el sol de tu cultura, y en mi alma la lámpara devocional de tu espíritu, ahora mi campo y corazón han florecido. Méjico".

Es difícil encontrar constantes entre los muy diversos trabajos incluidos en el libro; como afortunadamente los humanistas no pertenecemos a ninguna ciencia, no tendemos a dejarnos encasillar fácilmente en escuelas. Sin embargo, me parece que si existe un hilo conductor, o mejor aún una actitud, que anticipa en su trabajo Francois Xavier Guerra. Dice este autor que los especialistas que han escrito sobre el tema del V Centenario han mostrado perplejidad ante las ambigüedades de la conmemoración, irritación frente a su muy obvio trasfondo político, malestar por la distancia entre la lógica de la investigación y la que predomina en los medios de comunicación e, incluso, rechazo y molestia frente a celebraciones y contracelebraciones.

Es evidente que (con alguna excepción) los autores que aquí podemos leer han procurado evadir la lógica de los alegatos y las condenaciones, se han negado a actuar como testigos de cargo o de descargo citados ante el augusto tribunal de la opinión pública, y han preferido abordar cuestiones más amplias, entre ellas las de la conmemoración como hecho sujeto de análisis, de reflexión.

En conjunto, hay en estos textos comentarios muy pertinentes sobre el desarrollo de la conciencia oficial y popular de lo que se ha llamado Día de la Raza, de la Hispanidad, día de Colón, del orgullo o de la vergüenza, a gusto del consumidor. Es muy ilustrativo seguir esta evolución a través del tiempo, desde la obvia apología hispanista de hace un siglo, con su optimismo colonialista y eurocéntrico, pasando por el nacionalismo panamericano de 1942 hasta llegar al indigenismo de nuestros años.

Los colaboradores también han observado y comentado con detalle la degradación del contenido fiestero, celebratorio e hispanista original, y la conversión del V Centenario en el día de la denuncia anticolonialista, de la condena de Colón como precursor del colonialismo, del genocidio, de la destrucción ecológica y, para acabarla de amolar, como introductor del machismo en América.

Como dicen varios de los autores, la reivindicación de la herencia indígena de los latinoamericanos es el dominio de todas las ambigüedades. Conduce al problema del mestizaje y la difícil definición del indio en las sociedades contemporáneas; deja de lado la vigorosa herencia indígena de quienes son llamados mestizos, los muy numerosos componentes europeos en la cultura de los pueblos indios y recurre a una idealización entre desinformada y deliberada del pasado prehispánico como la perdida edad de oro, como el paraíso terrenal de lo políticamente correcto.

Por otro lado, como se señala aquí abundantemente y con buenas razones, resulta paradójico cuestionar el descubrimiento y la conquista partiendo de valores, como la democracia, la igualdad ante la ley, el respeto a las diferencias culturales y la unidad del género humano que se originaron en Europa, partiendo de su experiencia histórica y cultural, del cristianismo, de la ilustración y de la Revolución francesa.

Me parece, sin embargo, que bien mirado no hay en esto ninguna contradicción. Puede que más bien lo que estamos viendo es la conclusión de un proceso; podría argumentarse que la misma expansión europea sobre otros continentes y culturas llevaba en sí la semilla de su caducidad. El círculo se cierra, el ciclo se completa, la descolonización va de la política a la conciencia, los conquistadores ya no necesitan verse a sí mismos como una variante local y disminuida de lo europeo.

NOTAS

Una última reflexión. La compilación de Plasencia toma una perspectiva cosmopolita y hace bien. Muchas veces en México tendemos a ser localistas, a no asumir que lo que nos afecta y nos preocupa es parte de un todo más amplio que también implica a latinoamericanos, angloamericanos y europeos. Sin embargo, se antojaría ver en esta antología una perspectiva mexicana del problema, una reflexión particular sobre nuestra peculiar conmemoración del V Centenario, algo que fuese más allá de la anécdota y ubicara los acontecimientos en la confusa y zigzagueante definición de que es lo mexicano. Me parece que la violencia discursiva que presenciamos, y que seguramente seguiremos presenciando, es muy reveladora. Cuando la propia identidad es aún confusa y contradictoria, la

única manera de encontrarla es por oposición, por negación, por rechazo. Para bien o para mal, es muy fácil definir al adversario antes que encontrar aliados ubicar un “ellos” detestado que comprender la inevitable heterogeneidad “nosotros”.

Hace un siglo la conmemoración del V Centenario en México mostraba la pretensión de ser una variante americana de lo español; hace cincuenta años, las fiestas colombinas proponían una nación criolla, que encontraba consuelo en un vago panamericanismo. Alguien con ingenio, rigor y sensibilidad debería ocuparse de la manera en que los incidentes y accidentes de 1992 hicieron evidente nuestra frustrada incorporación al mundo de la prosperidad neoliberal, vincular esta frustración con el enjuicia-

miento ruidoso y colectivo de los atropellos y fechorías de la modernización neoliberal y el consiguiente retorno hacia un pasado idealizado, cuando la vida era supuestamente más armoniosa y sencilla.

Tal parece que el V Centenario nos encontró y nos encuentra en un momento de redefinición de la identidad, en otro intento de colonizar el pasado, de construir nuevos mitos de origen y renovados símbolos. Es un proceso que resulta difícil de aprender, que puede ser muy irritante con su inevitable carga de simplificaciones y dualidades fáciles, de obvias tergiversaciones, de trazos burdos y colores primarios. Pero tal parece que tendremos ocasión de seguir su marcha; y, con algo de paciencia, resultará interesante de ver.

CORRESPONDENCIA

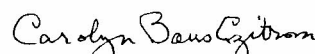
México, D.F., a 30 de mayo de 1997

Ileri Arellano y Ángel Miquel
*Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia, Nueva Época*
Álvaro Obregón 151
México, D.F. 06700

Escribo para decirles que estoy muy complacida con la versión de mi artículo “La región de los cazcanes en el siglo XVI” que publicaron en el *Boletín del INAH* 44. A pesar del uso de tantos nombres indígenas en el texto, hicieron un buen trabajo con la ortografía.

La única errata que encontré está en la página 21, donde dice que la lámina 61 del Lienzo de Tlaxcala muestra españoles y sus aliados tlaxcaltecas luchando con *cazcanes de Xochipilla*, cuando debe decir *cazcanes de Tlaltenango*.

Atentamente


Carolyn Baus Czitrom